

ELSIE
SILVER



Reckless
SIN MIEDO

SAGA CHESTNUT SPRINGS

CONTRALUZ

Reckless
Sin miedo

**ELSIE
SILVER**

Reckless

SIN MIEDO

SAGA CHESTNUT SPRINGS

Traducido del inglés por Elena Macián Masip

CONTRALUZ

Título original: *Reckless*

Primera edición: septiembre 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 RECKLESS by Elsie Silver

© de la traducción: Elena Macián Masip, 2025

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

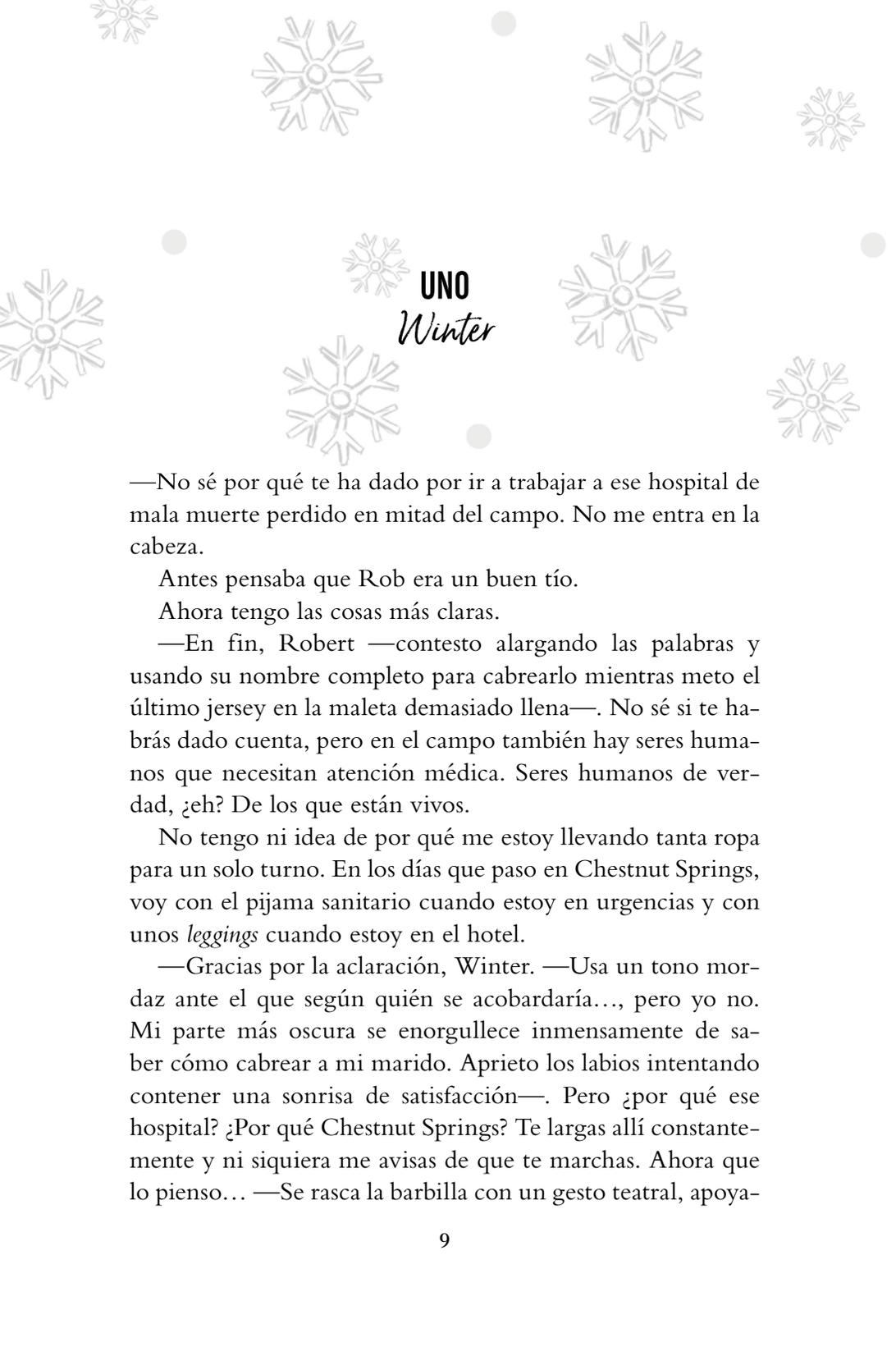
www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-19822-85-7

Depósito legal: M. 12.006-2025

Printed in Spain

Para todas las mamás cansadas. Os entiendo.



UNO
Winter

—No sé por qué te ha dado por ir a trabajar a ese hospital de mala muerte perdido en mitad del campo. No me entra en la cabeza.

Antes pensaba que Rob era un buen tío.

Ahora tengo las cosas más claras.

—En fin, Robert —contesto alargando las palabras y usando su nombre completo para cabrearlo mientras meto el último jersey en la maleta demasiado llena—. No sé si te habrás dado cuenta, pero en el campo también hay seres humanos que necesitan atención médica. Seres humanos de verdad, ¿eh? De los que están vivos.

No tengo ni idea de por qué me estoy llevando tanta ropa para un solo turno. En los días que paso en Chestnut Springs, voy con el pijama sanitario cuando estoy en urgencias y con unos *leggings* cuando estoy en el hotel.

—Gracias por la aclaración, Winter. —Usa un tono mordaz ante el que según quién se acobardaría..., pero yo no. Mi parte más oscura se enorgullece inmensamente de saber cómo cabrear a mi marido. Aprieto los labios intentando contener una sonrisa de satisfacción—. Pero ¿por qué ese hospital? ¿Por qué Chestnut Springs? Te largas allí constantemente y ni siquiera me avisas de que te marchas. Ahora que lo pienso... —Se rasca la barbilla con un gesto teatral, apoya-

do en el marco de la puerta de mi dormitorio—. Nunca has tenido en cuenta mi opinión. No me preguntaste si me parecía bien que mi mujer aceptase este trabajo. La verdad es que no me parece una jugada profesional muy inteligente.

Cada vez que lloriquea como un crío me pregunto qué le vi. Tampoco estoy muy segura de cuándo me empezó a repugnar el hoyuelo de su barbilla. Solo sé que me da grima.

A mis ojos, esa forma de peinarse el pelo con la raya al lado y ese pequeño remolino que no se mueve ni cuando hace viento solía darle un aspecto sofisticado y pulcro.

Ahora me parece falso.

Como falsa ha sido gran parte de mi vida con él.

Estoy bastante segura de que la única razón por la que se peina así es porque es demasiado vanidoso para admitir que se está quedando calvo.

Y, para mí, no hay nada que reseque y marchite la virilidad de un hombre tanto como protestar porque una mujer ejerza su derecho a la independencia profesional. Por mí, como si pateara contra el suelo y se larga indignado como un niño machista.

Cojo la cremallera y hago fuerza contra el abultado contenido de la maleta.

—Qué gracioso —contesto asegurándome de mantener un tono firme y frío—. Es casi como si... Como si fueras la última persona a la que le consultaría sobre mi vida profesional.

Con un resoplido, logro cerrar la cremallera y me quedo mirando la maleta. Pongo los brazos en jarras y permito que una sonrisa de satisfacción me acaricie los labios.

—¿Qué narices significa eso, Winter?

Le ha dado por añadir mi nombre al final de cada frase. Es como si estuviera intentando regañarme.

Ya quisiera. A mí no me regaña nadie.

Él no tiene ni idea de lo que implica moverse por el sistema sanitario cuando eres una doctora joven. Vive feliz en su ignorancia. Si dejase que hombres tan débiles como Rob me pisotearan, no tendría ninguna posibilidad.

Y esta carrera es lo único que tengo que sea verdaderamente mío. Es lo único que he tenido nunca. Así que, por lo que a mí respecta, Robert puede irse a la mierda.

Giro una mano y echo un vistazo a mis uñas, que tengo olvidadas, para intentar mostrarme aburrída. Mientras me pregunto si encontraré un buen sitio para hacerme la manicura en Chestnut Springs, le replico:

—No te hagas el tonto. No hay quien se lo crea al lado de tanta queja.

No puedo evitar preguntarme por qué sigo casada con él. Sí que entiendo por qué pensaba que tenía que aguantar, pero ahora... Ahora tengo que armarme de valor y acabar con esto de una vez. Echo un vistazo a mi maleta, que está preparada como si fuese a irme para mucho más tiempo, y me pregunto si mi subconsciente sabrá algo que yo no sé.

Quizá ese cabrón se haya puesto firme y haya decidido liberarme de este yugo de una vez por todas.

No puedo decir que me oponga a ello.

—Ten mucho cuidado con cómo me hablas —me espeta Rob.

Me miro las cutículas con los ojos entornados mientras lucho para contener la ira que burbujea en mi interior. Es como lava caliente borboteando bajo la superficie fría, a punto de entrar en erupción y arrasarlo con todo a su paso.

Pero he conseguido mantener esa ira a raya durante años y no permitiré que quien me haga entrar en erupción sea el doctor Rob Valentine.

No se merece tanta energía.

Deslizo la vista hacia él, que está al otro lado de mi habitación. Mi habitación, porque, cuando le dije sin medias tintas que no volvería a dormir en la misma cama que él, me invitó a trasladarme a la habitación de invitados en lugar de irse él. Está hecho todo un caballero.

Aunque la culpa es suya.

Él es la razón de que estemos como estamos.

Y lo peor de todo es que hubo un tiempo en que lo amé. Lo sentía mío. Era mi lugar seguro, la persona en la que me refugié tras haberme criado inmersa en una especie de guerra fría doméstica.

Bajé la guardia con él. Me enamoré hasta las trancas.

Y me rompió el corazón. Me hizo mucho más daño del que jamás reconoceré ante nadie.

No le contesto. En su lugar, cojo la maleta y paso junto a su cuerpo esbelto en dirección a la puerta principal de nuestra fastuosa casa de mil metros cuadrados.

Me sigue; lo oigo. Los zapatos de vestir resuenan contra el mármol. No se ofrece a llevarme la maleta, por supuesto. Se me dibuja una sonrisa irónica en los labios. Niego con la cabeza; no sé por qué se me había ocurrido que se molestaría en mover un dedo por ayudarme. Lo que más me ha costado aceptar de la implosión de mi matrimonio ha sido que no me lo vi venir. Que, a pesar ser inteligente, conseguir lo que me propongo y ser estratégica en todo lo que hago, haya permitido que este imbécil me tuviera cegada es, simplemente..., humillante.

Haber sido estafada de ese modo me irrita sobremanera.

Casi siento la rabia que irradia de él, que está a mi lado, furioso. Pero yo sigo adelante con calma. Me calzo un par de botas altas de cuero y me envuelvo en un largo abrigo de lana marrón.

—¿En serio, Winter? ¿Ni siquiera vas a tener la decencia de contestarme?

Me ato el cinturón del abrigo alrededor de la cintura de forma metódica, tras decidir que no, que no pienso tener la decencia de contestarle.

El problema es que Rob me conoce muy bien. Hemos estado juntos cinco años, lo que significa que él también sabe cómo cabrearme a mí.

Me recorre el rostro con la mirada, entornando los ojos con cierta crueldad.

—Me gustabas más con el pelo más claro. —Me señala la cabeza con el dedo índice, juzgando los mechones oscuros coronados por un tono más cálido. Siempre ha estado obsesionado con que yo tuviera el pelo rubio platino; siempre me decía que le encantaba—. Este color no te favorece. Se ve sucio.

Pero retocarme las raíces, el champú especial y las mascarillas hidratantes eran demasiado trabajo para una residente exhausta, por lo que le pedí a la peluquera que me rebajara un poco el tono.

Parpadeo un par de veces. Qué agallas. No me puedo creer que se comporte como si el color que yo haya elegido para mi pelo fuese una afrenta personal.

Aunque, en realidad, sí que puedo. Porque este año se ha quitado la máscara y por fin me ha mostrado el feo y pretencioso rostro que escondía debajo.

—Tiene gracia, porque a mí me gustabas más cuando no sabía que habías seducido a mi hermana adolescente para luego joderle la vida.

Resopla. ¡Resopla!

—No fue así. Era ella la que estaba obsesionada conmigo.

Arrugo la nariz; el olor a mierda de sus mentiras se percibe desde aquí.

—Un médico mucho mayor que su paciente menor de edad le salva la vida. Se vale de su atractivo físico y su poder

para que ella acabe comiendo de su mano. Se convierte en un héroe a sus ojos. Luego, en cuanto ella cumple los dieciocho, empieza a follársela a escondidas como si fuese un sucio secreto. Y cuando conoce a su hermana, que es mayor y más adecuada para él, la desecha como a un pañuelo usado y se casa con la que no le supone el riesgo de perder el trabajo, porque, claro, lo que ha hecho es una violación del código deontológico de su profesión. ¡Ah! —Levanto un dedo—. Pero aquí viene lo mejor: no renuncia a la más joven todavía. La sigue, la acosa, sabotea cada relación que empieza solo porque puede. O quizá porque le hace sentir mejor cuando advierte la calva incipiente que tanto intenta tapar.

La rabia se arremolina en mi interior, pero la culpa la tengo yo, por haber permitido que me saque de quicio.

Se cruza de brazos y me fulmina con la mirada, con ese pelo dorado y repeinado, los ojos azules y brillantes y ese aspecto de muñeco Ken.

—Sabes perfectamente que nunca la quise.

Me atraviesa una punzada de ira. Todo a nuestro alrededor se difumina hasta que centro la mirada en el imbécil con el que me casé. Intento mantener la voz firme. Los años que he pasado practicando esta fachada me han ayudado a sobrevivir a los momentos más desgarradores. Esto de actuar lo tengo controladísimo.

Pero hoy me cuesta.

—¿Crees que no haberla querido nunca cambia algo? Estamos hablando de mi hermana pequeña. La que estuvo a punto de morir. Y te pasaste años jugando con ella. ¿Y yo qué? Tampoco creo que a mí me hayas querido nunca.

Mis palabras reverberan en el espacioso recibidor. Nos miramos fijamente.

—Sí te he querido.

«Sí te he querido». ¿Esa es su gran declaración?

Me río con amargura.

—¿A quién coño pretendes engañar, Robert? ¿Es que nunca te cansas de mentir? ¿De intentar que tus historias no hagan aguas por todas partes? Se te ha acabado el chollo. Ahora sé cómo eres. Me hiciste creer que tenía algo que nunca tuve. Me engañaste. —No me corrige, se limita a fulminarme con la mirada. No debería dolerme, pero me duele—. Por lo que me has hecho a mí, lo que siento por ti es indiferencia. Pero por lo que le has hecho a ella... Te odio. No te habría tocado ni con un palo si me hubiera dado cuenta de la clase de hombre que eres. Puede que me engañaras una vez, pero nunca más.

Y, tras esas últimas palabras, cojo mi maleta, doy media vuelta y abro la puerta con tanta fuerza que la golpeo contra la pared de atrás. Odio estar tan alterada, sentirme tan fuera de control. Pero, con la cabeza bien alta, pongo la espalda recta y salgo de esa casa con la mayor placidez e indiferencia posibles.

—¿Significa eso que me dejas?

¿Cómo es posible que alguien pueda tener tantos estudios y ser tan tonto a la vez? Casi me da la risa. Sigo andando y le doy unos golpecitos en el hombro al pasar por su lado, como el perro que es.

—Dale un buen uso a ese título en medicina tan fabuloso y descúbrelo tú solito.

—¡Ni siquiera te cae bien! —grita con un tono quejicoso que me eriza la piel, como si estuviesen restregando un clavo en una pizarra—. ¿Vas a correr a sus brazos y rogarle que te perdone después de lo hija de puta que has sido con ella todos estos años? Pues buena suerte. Cuando vuelvas con el rabo entre las piernas, aquí estaré.

No me digno a contestar a sus pullas ni con una sola mirada. Me limito a hacerle una peineta y regodearme en la satisfacción de saber que se equivoca.

Que no es tan listo como se piensa.

Y yo tampoco. Ahora mismo, me siento muy pequeña y muy estúpida.

Porque yo quiero a mi hermana.

Simplemente, tengo una forma muy retorcida de demostrarlo.



Espero no morirme ahora que por fin he recuperado un poco el control de mi propia vida.

Quiero empezar de cero. Y, aun así, la sola idea de hacerlo me aterroriza.

El Hospital General de Chestnut Springs solo está a una hora en coche de la casa en la que vivo, pero me da la sensación de que no voy a llegar nunca. Empecé a trabajar aquí hace unos meses, así que podría recorrer este camino con los ojos cerrados, pero hoy nieva tanto que se me han puesto los nudillos blancos de aferrar con todas mis fuerzas el volante.

Además, todavía estoy molesta por haber perdido los nervios.

Rob ha empezado la discusión diciendo que no le entraba en la cabeza por qué querría trabajar en este hospital de mala muerte, pero yo no tenía intención de confesarle la verdad.

En primer lugar, que trabajar en un hospital donde no soy su mujer ni la hija de mi madre es un alivio. Puedo practicar la medicina y enorgullecerme de mi trabajo sin tener que lidiar con las habladurías y las miradas de lástima. Sin tener que aguantar el peso de toda esa mierda.

Porque aunque todo el mundo lo sabe, nadie habla de ello, y tener que vivir así estaba empezando a hacer estragos en mi cordura. Sé cuál es la imagen que todo el mundo tiene de mí. Me doy perfecta cuenta. Puede que no lo digan, pero lo oigo alto y claro de todos modos.

Una médica que consiguió su puesto en el hospital gracias a los contactos que tiene su familia y a su matrimonio.

Una mujer intratable, fría e infeliz.

Una esposa lo bastante patética para ignorar la traición de su marido.

Y, en segundo lugar, porque nunca he deseado estar cerca de mi hermana tanto como ahora. Cuando estaba enferma, solía colarme a hurtadillas en el hospital para ver cómo estaba. Leía su historial para comprobar cómo evolucionaba, aunque todavía estaba en la universidad. Y ahora... Ahora miro a mi hermana pequeña y lo único que veo son los años que he perdido.

Veo a una mujer que vivió sumida en la desgracia para ahorrarme un poco de sufrimiento a mí.

Resulta que en eso nos parecemos.

Ahora es feliz. Está prometida con un hombre que tiene el pelo demasiado largo pero que la ama de un modo que yo jamás lograré experimentar. De todas formas, también me alegro por ella; Dios sabe que merece un poco de paz. Dejó la carrera de Derecho y su trabajo fijo en la firma de representantes deportivos de mi padre para gestionar un gimnasio y vivir en un pequeño rancho pintoresco en mitad del campo.

La admiro.

Pero no tengo ni idea de cómo reparar el abismo que hay entre las dos, así que acepté un trabajo a media jornada en el pueblecito en el que vive con la esperanza de encontrarme con ella por casualidad y arreglar las cosas.

Hay una situación que se reproduce con frecuencia en mi mente; aflora en ella constantemente. Supongo que debo de estar intentando manifestarla o algo así. En ella, Summer va paseando por la acera y yo me doy de bruces contra ella al salir de la adorable cafetería parisina de la calle principal. Mi hermana se sorprende al verme y yo le dedico una sonrisa cálida que no es forzada. Luego señalo detrás de mí y le digo:

«Oye..., ¿te apetece un café?» con un tono natural y encantador que hace que ella me devuelva la sonrisa.

Evidentemente para que esto ocurriera tendría que pasar algo de tiempo en un lugar que no fuese el hospital o el hotel, pero no hago más que pasar de una zona segura a la otra, demasiado asustada y avergonzada para enfrentarme a ella.

—A la mierda —murmuro. Me sorbo la nariz y me pongo recta, con la mirada fija en la carretera—. Siri, llama a Summer Hamilton.

Después se hace un silencio denso, cargado con el peso de años de expectación.

—Llamando a Summer Hamilton —contesta la voz robótica.

Esa formalidad es como una puñalada en el pecho. La mayoría de la gente tendría a su hermana guardada en el móvil con un sobrenombre adorable. Quizá, si fuéramos amigas, la llamaría «Sum». Sin embargo, tal y como están las cosas ahora, ni siquiera sería descabellado que incluyese su segundo nombre en su contacto de la agenda.

Suenan los tonos. Uno. Dos.

Y entonces contesta.

—¿Winter? —pregunta sin aliento. Sin embargo, mi nombre en sus labios no suena a acusación. Es... esperanzador.

—Hola —contesto como una boba.

No hay años de formación ni libros de texto de Medicina que pudieran prepararme para esta conversación. Desde que ese día estalló todo en el hospital, la he reproducido en mi mente un millón de veces. He pasado noches en vela preparándome para ella.

Y no ha sido suficiente.

—Hola... ¿Estás..., estás bien? —Asiento. Me escuecen los ojos. He sido horrible con Summer durante años y su primer instinto es preguntarme si estoy bien—. ¿Win?

Respiro hondo. «Win». Mierda. Ese diminutivo. A ella le resulta tan fácil... Me pregunto distraídamente qué nombre tendré yo en sus contactos. Siempre imaginé que sería «hermanastra malvada» o algo por el estilo.

Es que es majísima, joder. Casi me dan ganas de vomitar si pienso en que alguien pueda ser tan amable conmigo después de todo lo que ha pasado, después de lo fría que he sido con ella.

No me merezco a Summer, pero quiero merecérmele. Y para conseguirlo tengo que ser sincera.

—No. Creo que no estoy bien —contesto, intentando ocultar con un carraspeo que se me está quebrando la voz.

—Vale. —Me la puedo imaginar ahora mismo, asintiendo, apretando los labios. Imagino su mente trabajando a toda velocidad mientras intenta resolver este problema por mí. Así es ella. Necesita arreglarlo todo—. ¿Dónde estás? ¿Necesitas que vaya a buscarte? ¿Estás herida? —Hace una pausa—. ¡Ah! ¿Necesitas asesoramiento legal? Ya no ejerzo, pero podría...

—¿Puedo ir a verte? —la interrumpo. Y ahora parece que le toca a ella sumirse en un perplejo silencio—. Ya estoy de camino a Chestnut Springs. Podría... No sé... —Un suspiro entrecortado se abre paso por mi garganta—. ¿Invitarte a un café? —termino con poca convicción mientras miro el reloj digital, que ya marca las seis de la tarde.

Cuando su voz me llega a través del teléfono, parece embargada por la emoción. Dulce.

—Me encantaría. Pero ¿podría ser un vino?

El nudo de tensión de mi pecho se disipa, un nudo que ni siquiera sabía que estaba ahí hasta ahora. Y, ahora que me he percatado de su presencia, no puedo evitar sentir que llevaba ahí años.

—Sí. —Aprieto el volante con los dedos—. Sí. Vino. Claro.

Parezco una mujer de las cavernas, joder.

—Esta noche tenemos una cena familiar en la casa principal. Vendrá bastante gente. Me encantaría que tú también vieras.

Se me hace un nudo en la garganta, algo poco propio de mí. Este tipo de amabilidad se me antoja ajena después de haber vivido tanto tiempo en una burbuja estéril con Rob y con mi madre. Este tipo de perdón... No sé cómo reaccionar ante él.

Así que le seguiré la corriente. Creo que es lo menos que puedo hacer.

—Ahí estaré. ¿Me mandas la dirección?



Con las prisas por salir pitando de la ciudad, he ignorado el depósito de gasolina todo lo posible... Sin duda, apurando demasiado. Cuanto más me alejo de la ciudad, más ansiosa me siento.

Así que paro a echar gasolina en Chestnut Springs antes de enfilar esa carretera espeluznante que, según mi móvil, me llevará al rancho.

Y, mientras estoy ahí de pie, congelándome y deseando haberme puesto ropa de invierno más adecuada, permito que todas las preocupaciones se cuelen a través de los muros que tan cuidadosamente he construido.

La preocupación por ver a Summer.

La preocupación por sentarme a cenar con un montón de gente que seguro que piensa que soy una zorra inhumana.

La preocupación por las carreteras cubiertas de nieve. Últimamente he atendido demasiados accidentes de tráfico en urgencias.

La preocupación por mi carrera y por qué coño voy a hacer. Dónde voy a acabar.

Tiene gracia —una gracia un poco lúgubre, pero gracia al fin y al cabo— que no me preocupe absolutamente nada haber dejado a Rob definitivamente. Lo he alargado demasiado tiempo. Lo he pensado y lo he analizado desde todos los ángulos posibles.

Pensaba en el divorcio como en un fracaso. Sin embargo, esta noche, marcharme no me ha sabido a eso.

Me ha sabido a alivio. Como si tuviera a alguien encima del pecho y por fin hubiera tomado el control de mi vida lo suficiente para apartarlo. Me duelen los músculos de tanto empujar y la pelea me ha dejado con moratones y magulladuras.

Marcharme ha sido doloroso, pero por fin puedo respirar a través del dolor.

Exhalo un suspiro profundo, pesado, y contemplo las pequeñas nubes que forma mi aliento al abandonar mis labios, más evidentes ahora, bajo las luces de neón, que cuando estaba en la zona de estacionamiento de la gasolinera. En cuestión de segundos, las puntas de mis dedos, que están rodeando el mango de plástico rojo, pasan de tener un cosquilleo a estar totalmente entumecidas. Doy unos saltitos y levanto la vista al oír unas campanillas en la puerta de la gasolinera.

El hombre que sale por las puertas de cristal tiene la espalda ancha y una actitud casi arrogante. Pelo oscuro, ojos más oscuros todavía y unas pestañas que irritan un poco a la chica rubia que hay en mí. Está mirando con una sonrisilla un billete de lotería que lleva en la mano, como si pensara que va a ganar.

Podría decirle que no va a ganar. Que es tirar el dinero. Pero me da la impresión de que es de esa clase de hombres a los que les da igual.

Lleva las botas desabrochadas con los vaqueros doblados por encima. Un par de largas cadenas de plata le adornan el

pecho y desaparecen bajo una camisa de cuadros que lleva un poco demasiado abierta, con una rebeca gruesa tirada encima de forma descuidada.

Es sexy sin siquiera proponérselo. Ni siquiera parece tener frío. Seguro que sale de la cama después de haber dormido con los calcetines del día anterior y los vuelve a embutir dentro de esas botas de cuero gastadas.

Seguro que tiene las manos ásperas. Seguro que huele a cuero. Y después de haber pasado los últimos años junto a un hombre como Rob, soy incapaz de apartar la vista del que tengo ahora ante mí, tan rudo y atractivo.

Lo miro fijamente tanto rato, tan ensimismada, que el surtidor hace un fuerte ruido metálico y me golpea en la mano, lo que me indica que el depósito está lleno.

El ruido llama la atención del hombre, que se vuelve hacia mí, golpeándome con la fuerza de su *sex appeal*. Tiene la mandíbula cuadrada y decorada con una barba incipiente perfecta, unida a unos labios que, en un hombre, son simplemente un desperdicio. Qué guapo es, madre mía. Es absurdo.

Agacho la cabeza de golpe y me peleo con el surtidor para volver a dejarlo en su sitio. Me paso la lengua por los labios.

Tengo la acuciante sensación de que el leñador sexy me está mirando, pero no levanto la vista para comprobarlo. Noto un cosquilleo en el pecho y calor en las mejillas, unas sensaciones que hacía mucho, muchísimo tiempo que no sentía.

Porque estaba felizmente casada. Y ahora... Ahora ya no. Creo.

Y este es el primer hombre al que me he permitido mirar de forma inapropiada. Un hombre que ni se molesta en atarse los cordones de las botas y que juega a la lotería.

—Uf —gimo para mí misma al acercarme a mi puerta. Tengo mucho menos frío del que tenía antes de verlo.

Pero cuando estoy a punto de deslizarme en mi asiento, miro atrás para echar un vistazo al chico.

Y me lo encuentro de pie al lado de su camioneta plateada.

Me lo encuentro mirándome con una sonrisilla de suficiencia en la cara.

Y entonces se pasa la mano por el pelo perfectamente alborotado y me guiña un ojo.

Me meto en el coche y salgo pitando a la carretera oscura, como una bala, para alejarme de allí lo antes posible.

Porque lo último que necesito en mi vida es a alguien que me haga sentir que no tengo bastante oxígeno en los pulmones justo ahora, cuando por fin he recuperado el aliento.